



# Después de Borges

En las finales de todos los tiempos, esta nota reflexiona, a modo de ejemplo, el porqué el escritor argentino nunca encaró

novela de varios centenares de páginas, es decir, exclusivamente el tiempo invertido en el ejercicio de la escritura, o sea, lo que se demora en dibujar letra por letra las palabras que compondrán el poema o la novela en cuestión, ya que, como se sabe, el proceso creativo de un poema puede ser muy largo antes de su plasmación definitiva sobre el papel.

Creo que la cuestión entraña más bien otro tipo de problemática y aquí puede ayudarnos el argumento de uno de los mayores teóricos contemporáneos de la novela, novelista él mismo, el escritor checo Milan Kundera, quien ha dedicado una trilogía de textos al esclarecimiento de la cuestión (El arte de la novela, Los testamentos traicionados y El telón). Él dice: "El novelista, contrariamente al poeta y al músico, debe saber acallar los gritos de su propia alma; tiene su propio tiempo de creación (pues) la escritura de una novela ocupa toda una época en la vida del autor, quien, al terminar el trabajo, ya no es el mismo que al empezarlo" (El Telón, p. 81). Así, tanto él como el mundo que lo rodea han cambiado en ese tiempo que ha transcurrido.

Contrastemos esta afirmación con lo dicho por Borges en un memorable texto: "La candente mañana de febrero en que Beatriz Biterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de hierro de la Plaza Constitución hablan renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incandescente y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita. Cambiará el universo pero yo no, pensé con melancólica vanidad" (El Aleph, Obras completas tomo I, p. 617).

Borges sabía que el poema es una forma de eternidad, así como los libros una forma de la felicidad. No en vano —nada en la obra borgeana es gratuito— nos dice en las líneas finales de su Historia de la eternidad: No creí, no, haber remontado las presuntivas aguas del Tiempo; más bien me sospeché posee-



dor del sonlido relicto o ausente de la inconcebible palabra eternidad.

Una anécdota relata que Borges, de joven, se demoraba horas enteras en la contemplación de los libros de pintura. Su madre, Doña Leonor Acevedo le había dicho que esa era la única manera de penetrar en el alma de los cuadros. Todo nos habla de una deliberada lentificación del tiempo y, por ello mismo, de un paso vertiginoso donde todo puede suceder.

"En un día del hombre están los días del tiempo —dice un poema de su libro Elogio de la Sombra—, desde aquel inconcebible día inicial del tiempo, en que un terrible Dios prefijó los días y las agonías hasta aquel otro en que el ubicuo río del tiempo terrenal tome a su fuente, que es lo Eterno, y se apague en el presente, el futuro, el ayer, lo que ahora es mío. Entre el alba y la noche está la historia universal. Desde la noche voo a mis pies los caminos del hebreo. Cartago aniquilada, Infierno y Gloria. Dame, Señor, coraje y alegría para escalar la cumbre de este día".

Borges duró más que Cortázar y Bianco, para hablar de dos queridos escritores argentinos —continúa diciendo Octavio Paz en el retomado texto con el que iniciamos esta nota—, pero lo poco que los sobrevivió no me consuela de su ausencia. Hoy Borges ha vuelto a ser lo que era cuando yo tenía 20 años: unos libros, una obra.

Borges murió el 14 de junio de 1986 en Ginebra, Suiza a las 7:45 de la mañana, sus restos, según su propia voluntad, descansan ahí, en el cementerio ginebrino de ilustres de Plainpalais bajo una piedra donde pueden leerse los versos de la Völsunga Saga (remoto texto islandés): Hann tekr sverthil Gram ok / leggri í methal theira bert (Él tomó su espada Gram, y colocó el metal desnudo entre los dos). Otra cifra muestra que desde los márgenes, Islandia o Buenos Aires, puede re inventarse y subvertir un idioma. Pero ese ya es otro tema.

Jorge Luis Borges

## La Recoleta

Aquí no está Isidoro Suárez, que comandó una carga de húsares en la batalla de Junín, que apenas fue una oscaramuza y que cambió la historia de América.

Aquí no está Félix Olavarría, que compartió con él las campañas, la conspiración, las leguas, la alta nieve, los riesgos, la amistad y el desierto. Aquí está el polvo de su polvo.

Aquí no está mi abuelo, que se hizo matar después de la capitulación de Mitre en La Verde.

Aquí no está mi padre, que me enseñó a descreer de la intolerancia inmortalidad.

Aquí no está mi madre, que me perdonó demasiadas cosas.

Aquí, bajo los epitafios y las cruces no hay casi nada.

Aquí no estaré yo. Estarán mi pelo y mis uñas, que no sabrán que lo demás ha muerto, y seguirán creciendo y serán polvo.

Aquí no estaré yo, que seré parte del olvido que es la tenue sustancia de que está hecho el universo.



Este texto pertenece al libro Atlas (1984)

